



01

que componen la escultura, que sobresa- len un metro de la fachada.

Quien conozca la obra frágil y trans- gresora de Llena reconocerá algunos de sus recursos estilísticos utilizados a gran escala. La escultura, un gran aparador abierto al vacío, incluye la ventana de la cafetería que ocupa un amplio espacio de la última planta. El vidrio y el acero inoxidable, materiales dominantes de esta obra minimalista, permiten un doble diálogo con el espacio interior del edificio y con la nueva piel de la fachada revestida con placas de zinc, enriqueciendo el juego de las texturas y ampliando la complejidad de los reflejos de la luz. El interior y el exterior se abren a la presencia enigmática, a la intromisión del mundo indomable y secreto que acecha nuestra vida cotidiana.

Un poema de Robert Walser, que reflexiona sobre la necesidad de apedrear

el mundo para que éste pueda volver a aparecer de nuevo, da título y sentido, o no, a esta nueva obra impactante de Llena: *Món*. Probablemente, el artista pensaba en una escultura que violentase el edificio, el espacio arquitectónico, como en la espléndida intervención *Preferiría no fer-ho* (2002) que ocupa el patio interior del renovado edificio del Ayuntamiento de Barcelona de la plaza Sant Miquel (ver *Cultura/s* del 26-6-2002). Pero, en realidad, esta nueva escultura de Llena no hace más que realzar la brillante remodelación del edificio de El Corte Inglés realizada por MBM arquitectes. Está claro que Llena no ha trabajado contra la arquitectura sino a favor de la arquitectura.

Y lo cierto es que el resultado del conjunto es magnífico. La imagen transparente y luminosa que MBM arquitectes y Llena ofrecen a El Corte Inglés, en la

Frente a la tradicional estética opaca de El Corte Inglés, se erige ahora una imagen más amable y cristalina

nueva sede de Barcelona, es una verdadera novedad. Frente a la estética opaca, simbolizada por el cemento y próxima al búnker, que ha caracterizado la imagen exterior de El Corte Inglés, se erige una nueva imagen más amable y ligera, transparente y cristalina. La obra inquietante de Llena nos recuerda, también, que más allá de la vida comercial y espectacular, existe la vida real, dura y concreta.

Pero ya sabemos que en este caso lo más importante no es el diseño ni el arte sino el ocio y la atracción por el producto. De momento, por lo visto durante estas últimas semanas, y por los cambios que ya ofrece la zona, parece que la remodelación ha sido todo un éxito. Sin duda, conviene a la empresa una impecable operación cosmética de modernidad y de renovación en el concepto de sus edificios para entrar en el siglo XXI. La vuelta atrás es imposible, la estética de búnker ya no vende. Lo que realmente deseas cuando disfrutas del aspecto de este nuevo edificio simbólico es que la empresa pudiera tomar nota y emprendiera una remodelación arquitectónica de su sede central, levantada en 1962 en el corazón de Barcelona, en la plaza Catalunya, convencidos como estamos de que esto traería otro espíritu a la plaza. Con Antoni Llena o sin él. |

CRÓNICAS RIFEÑAS



PACO SANCHIDRIAN

El azote de Bokkoya

En julio de 1921, cuando los primeros huidos del ejército deshecho del general Silvestre llegaron a Melilla, se encontraron con una plaza militar sin defensa y que se vaciaba vertiginosamente

ALI LMRABET

La población del presidio se fugaba masivamente por el mar utilizando todo lo que podía flotar para intentar salvar la vida. En este caos, sólo un puñado de oficiales intentaba juntar los cuatro gatos uniformados que se habían quedado en la ciudad. A Haddú, le fueron a buscar a una casa de putas donde solía pasar sus días y sus noches. El soldado que fue a recogerlo tuvo que dispersar con las dos manos el espeso humo de hachís que inundaba su habitación. A duras penas le colocó sobre los hombros su uniforme arrugado y lo arrastró titubeando hasta la comandancia. De allí, salió a la defensa de la ciudad-presidio pensando que era un ejército extranjero quien atacaba. Con unos cuantos hombres subió al monte Gurrugú, frente a la ciudad, y desde allí contempló la interminable fila de infantes moribundos que se dirigían hacia Melilla. “¿Pero dónde están los franceses?”, murmuró, pensando que el Francés que ocupaba la parte inferior del Imperio Jerifiano había decidido apropiarse todo el negocio del Protectorado. La bruma narcotizante que regaba su cerebro le impedía comprender que eran sus propios hermanos rifeños quienes estaban intentando liberarse de la lacra del colonialismo. Y cuando lo entendió, la niebla que oscurecía su cabeza se esclareció. De repente se quitó el gorro, después el uniforme arrugado y en un santiamén se pasó al enemigo.

Fue el ‘Azote de Bokkoya’. No el implacable vengador, asesino sin piedad, sino el comandante disciplinado de la Daula Jumhuria Riffiya, la República del Rif. El que llamaban en los zocos ‘Mis Ammar sin tierra’ (hijo de Ammar sin tierra), se convirtió en uno de esos legendarios guerrilleros que consolidaron frentes, diezmaron regimientos de la Legión, y mermaron la invencibilidad del ejército francés en la mancha de Taza.

“Pero abuela, Haddú no podía ser todo esto”, le preguntábamos a Taimunt cuando nos congregábamos para escuchar las hazañas de su hermano. En respuesta, mi abuela sacaba de un vetusto armario un libro amarilleado por el tiempo y nos leía un minúsculo párrafo donde se hablaba de él.

En su libro ‘Mémoires de la Réunion’, escrito por su biógrafo francés durante los veintidós años que estuvo exiliado en esa isla del Pacífico, Abdelkrim evoca con cierta admiración, poco común en ese anciano egoísta y presumido, a uno de sus caídos de Bokkoya. “Un testarudo indomable y valeroso pero que tenía cuentas pendientes con todo el mundo”. Y el Gran Rifeño termina con un “no sé cómo acabó”. Pues acabó como tantos jefes militares. Al finalizar la contienda, fue arrestado, encarcelado, torturado y al final recluido, como mi abuelo ‘Chtaia’, en una de las islas Chafarrinas. Cuando lo liberaron en 1935, se fue a vivir con mi abuela en Tetuán. Pero allí tampoco lo dejaron en paz. Cuando en julio de 1936, un puñado de militares africanistas se alzaron contra la República en Marruecos, alguien se acordó de ese implacable enemigo y mandó buscarlo. Lo hallaron pobre y viviendo a costa de su hermana Taimunt en una casa del barrio judío de la capital del Protectorado. Los sublevados le propusieron recuperar su grado de oficial indígena, honores y sueldo elevado para volver a mandar a sus paisanos que se iban a matar y hacerse matar en la península. Pero ya no volvió a cambiar de bando. Rechazó el ofrecimiento y retornó al silencio del oscuro cuarto donde murió en 1941. En mi familia dicen, entre picaros susurros, que murió porque se le agravó una enfermedad indigna contraída en los burdeles melillenses. “Le enfermó tanto la picha como la cabeza que no podía levantar la una ni la otra”, recordaba vulgar y descaradamente una de mis tías